

su cenit la hora de la pregunta del porqué de los poetas en tiempos de angustia. Un lenguaje nuevo, sugestivo y sorprendente, una atmósfera poética hecha de esfuerzo y purezas insospechables, pero sobre todo una pasión ardiente por la poesía como mensaje integral que incluya todo —política, economía, religión, arte, historia— hacen de Pound una de las figuras más discutidas y más fervientemente admiradas de la literatura contemporánea.

VII

Pero en este poeta integral, en este complejo, agitado y «quijotesco» espíritu, ha habido siempre, y sobre todo en los trances terribles, algo más que un amor exclusivo a la poesía. Hay igualmente algo más que la «santa ira» contra el terrible y despiadado universo de la usura. Hay, como observa Giuseppe Prezzolini, un gran amor por su patria, América. Un amor nacido y perpetuado desde que, en plena juventud, Pound escribió un resonante texto titulado *Patria mía*. Para ello, volvió una vez más a los textos sagrados, pensando en Petrarca, ídolo de su juventud, también enamorado de su patria en plena gestación nacional. Es un profeta del despertar espiritual, artístico y político de América, que habla casi siempre, tanto en la crítica como en la exaltación que Pound hace de su Patria. «América, mi patria —escribe—, es casi un continente y no es todavía enteramente una nación.» Prezzolini ve en Pound, además de un gran poeta, poesía y política al servicio de un gran Renacimiento espiritual de Norteamérica. «En este país —escribe Prezzolini—, sostiene Pound la tesis de que existe la posibilidad de un Renacimiento, y que las cosas absurdas que se observan en la vida norteamericana son superficiales y no signos de esterilidad, ni de una enfermedad fatal.» Para exaltar a su patria, el poeta cree necesaria la revisión de ciertos valores convencionales. Uno de estos valores es, según Pound, la poesía de Whitman. No es la poesía, sino la imagen profunda de América, lo que Pound destaca en la obra de Whitman. En ella, Pound no encuentra más allá de «treinta buenas páginas». Volviendo a las cuales, tampoco las podría encontrar el poeta. Encuentra, en cambio, una buena y exacta imagen del pulso viviente de la América del siglo XIX. «Se puede aprender —dice— la historia del siglo XIX americano en Whitman mucho mejor que no importa en qué escritor, de estos escritores que siempre han desconfiado de la percepción y se han contentado con reproducir las expresiones literarias que les parecían más convenientes.»

La dimensión que Pound quiere con todo dar al sentido de cultura es siempre universal. Con este fin, su valoración significa un continuo y radical cambio de ídolos. Ante un Shakespeare, moderno e inglés, prefiere a Chaucer, europeo y medieval. Busca siempre lo más ensanchado, lo más amplio, lo más integrador. Salta por encima de todos los clásicos ingleses y reivindica a los poetas de los siglos XV y XVI. Lo mismo le ocurre en Francia con su total preferencia por Villon. En la hora del dolor y de la ausencia, fue por eso por lo que abogamos por el perdón del poeta. Así quisimos apuntar las cosas y hacer nuestra modesta apuesta, a raíz de la visita que en compañía de Prezzolini le hicimos a su cámara de tortura: «Quiera Dios que, por comprensión de los hombres, la gran aventura del viejo Ezra Pound, un viejo y

ausente Ezra Pound que se ha sustituido con terrible lentitud al dinámico Ezra de antaño, tenga un remanso de paz aquí, en la tierra, antes de que su atormentado espíritu entre en el reino de las sombras. El destino, el gran destino de la poesía, que conserva su majestad en estos tiempos tan poco propensos a las evasiones poéticas, el destino mismo del hombre y del poeta, merece esta universal comprensión»³.

VIII

Eran los días del combate a favor de la libertad del poeta. Combate victorioso en definitiva. El poeta volvería a Italia. Varias veces sería candidato al Nobel, que pudo obtener otro poeta, Boris Pasternak, pero no Pound. Pero la generosidad de sus colegas fue entonces manifiesta. «Es el espíritu más vivo de Europa», diría Cocteau. «Hay más música en su poesía que en mis obras», diría Strawinsky. «Un escritor que en 1900 no haya sido marcado por Ezra Pound, merece más nuestra piedad que nuestra condena» (Hemingway). «Una nación no tiene un poeta como Pound más que una vez cada medio siglo» (Ronald Duncan). Maestro de todo. Pound ha hecho una gran poesía, metiendo montañas de conocimientos concretos en su obra poética, como Dante. Haciendo obra de *catharsis* poética. Pero además haciendo obra de maestro de versificación. Como los viejos *traslators*, dio a su tiempo reglas de oro de versificación y de prosodia y de musicalidad y composición (*ABC of reading*). Supo sacar del lenguaje de los primitivos, y de las escrituras egipcias y chinas, lecciones de expresividad nunca imaginadas antes de él. Abrió los ojos de generaciones enteras a la lectura de lo inteligible. Su obra de enseñanza y de versificación y de integración poética de conocimientos ingentes, ha hecho más para una cultura del diálogo, para una cultura planetaria, que nadie en el siglo XX. Proclamó el *método de la poesía* como método «científico» de conocimiento superior al *método de la filosofía*. Los laboratorios poéticos y musicales que Pound organizó en Rapallo y en otros lugares son un modelo para comprender la importancia de la correspondencia de las artes y las formas de expresión.

En los ochenta años de Ezra Pound, la prestigiosa colección francesa *Les Cahiers de l'Herne* consagró varias publicaciones de homenaje y estudio a la obra de Pound. Habían pasado años desde la liberación del poeta, años pasados por él principalmente en Italia, en compañía de su hija. En aquella ocasión Pound volvía a París. Encontraba un París muy diferente de cuanto él, poeta, pudiera recordar. Su París era la capital efervescente de los años veinte, de los vanguardismos y las grandes renovaciones que en los años setenta no eran sino repetición a la luz poco incandescente de la «revolución cultural». Pero Pound seguía siendo portador de una aproximación de valores de la cultura francesa que él había incorporado ya a su universo poético. Cultivador de una cultura francesa que su poética asumía, él había sabido cultivar la obra de los poetas provenzales, de Villon, de una corriente poética que va desde Arnaut Daniel hasta Rimbaud, Mallarmé, los surrealistas, un Crevel y un Simenon, en

³ Cfr. *Uscatescu, op. cit.*, pág. 39.

el cual Gide veía en los años treinta una promesa, no del todo desmentida por el autor del género policíaco.

La nueva presencia de Pound en París marcó un momento de gran reconocimiento. Era la reivindicación de un Pound entrañablemente unido a la cultura francesa. Era una especie de adopción francesa «à rebours» del gran poeta norteamericano. Pound había vivido algunos años en París medio siglo antes. Tuvo allí el mismo papel de animador que en la década anterior había desempeñado en Inglaterra con el «imagismo» y el «vorticismo» y su papel de orientador de la nueva poesía inglesa. Antes de llegar a París, Pound había sido el animador de un extraordinario movimiento poético anglosajón, había contribuido con entusiasmo a lanzar a Joyce y a Eliot, hasta el punto de que no sería arriesgado afirmar que sin el gran corazón y sin la gran generosidad humana y creadora del autor de los *Cantos*, acaso la literatura contemporánea no poseyera obras tan importantes como *The Waste Land* y *Ulysses* ⁴.

Los cuadernos *L'Herne* y sus volúmenes, las ediciones francesas que se promovieron a raíz del ochenta cumpleaños de Pound y su presencia en París en esta ocasión, no fue una sola y serena reivindicación de Pound. Quiso ser una verdadera *francisación* suya. Los textos de *L'Herne* quisieron ser claros en la materia: «Pound se ha encontrado gracias a la literatura francesa: Villon, Gautier, Flaubert, Corbiere, Laforgue. Su influjo, junto con el de Eliot, ha contribuido a una profunda *francisación* de la poesía inglesa contemporánea.» Esta actitud quisimos puntualizarla en su día a guisa de réplica: «La verdad convendría buscarla más bien en un aspecto diverso, a saber, en un Pound animador de una nueva experiencia poética no sólo inglesa, sino francesa, que, por otra parte, no excluyen, sino que reconocen los actuales comentaristas del gran poeta norteamericano. Sea lo que fuese, el homenaje que Francia rinde ahora a Ezra Pound nos llena de gran alegría, sobre todo si se tiene en cuenta que, además de una antología de los escritos de Pound, contiene documentos y comentarios de Eliot, Hemingway, W. C. Williams, Wyndham Lewis, Paul Morand, Eugenio Monrale, Richard Aldington y Michel Butor.» ⁵ La realidad es que no sólo Francia está en deber de homenaje a Ezra Pound. Son muchas las culturas que han despertado la pasión y el interés del poeta por sus valores. En la España de aquellos años de la movilización de las conciencias intelectuales a favor de la causa de Pound, no abundaron las voces que se preocuparan por su destino y abogaran por su libertad. Algún periódico sí dio hospitalidad, como se ha visto de los pocos textos citados, a breves comentarios sobre Pound y su drama. En realidad, España estuvo siempre muy presente en el interés de Pound por la literatura. Sabemos que en los años de su internamiento en Sainth Elisabeth, Pound, septuagenario, ayudaba a un amigo en la difícil traducción de *La Celestina*, dando soluciones como esta: «Nero, from Tarpeia, / was watching Rome burn. / Kids and old men cried out / but it didn't give him a turn». En Sainth Elisabeth, Pound leía *Doña Perfecta*, de Galdós, a quien consideraba más digno de Flaubert que a cualquier escritor francés, y declaraba que «el español es un instrumento literario mejor que el italiano moderno».

⁴ Cfr. JORGE USCATECU: *Fronteras del silencio*, Ed. Nacional, Madrid, 1967, pág. 256.

⁵ *Ibid.*, pág. 256.

IX

Entre las escasas voces que a finales de los años cincuenta y luego al paso de los años sesenta, reanudada nuestra relación con Pound en Italia, quisimos entonces colocar modestamente la nuestra. Considerábamos importante «que las nuevas generaciones conozcan no sólo la obra, sino la sin par aventura humana de Ezra Pound. Obra y aventura humana constituyen en él una unidad y un estilo, y por ello este poeta, que nos llega de allende el Atlántico y que se convierte en algo tan vital y terriblemente nuestro, es uno de los grandes. En su estilo, en su tono, en su rebeldía, hasta en sus extravagancias, une a dos generaciones que nos han precedido, mi generación y la generación joven de hoy. Ellas se encontrarán a sí mismas y, lo que es tan importante en estos tiempos, encontrarán un ambiente familiar, de vida vivida intensamente, sin conformismos, sin pereza, de trabajo y edificación continua. Precisamente por este sentido de permanente necesidad de unir creación y trabajo difícil, Ezra Pound es uno de los grandes espíritus de nuestra época. Su obra creadora es vasta, multiforme, sin posibilidad de encontrar en ella repetida experiencia alguna. Es toda ella suya, hecha con su esfuerzo, edificada paso a paso, con un material suyo, con planes suyos y, sobre todo, con elementos constitutivos de extraordinario valor y originalidad. Algunas empresas suyas nos causan asombro por la dificultad que encierran. Véase, si no, una obra como *Cantos*, que alguien comparó con un gigantesco mosaico aún sin acabar, o la traducción de la *Antología* de la poesía china del 1791 al 600 a. de C., de Confucio. Ante todo, Pound es un espíritu devorado por una enorme curiosidad de conocimiento»⁶.

En efecto, la materia del conocimiento, en toda su anchura, hondura y vastedad, se convierte en Pound, por un procedimiento mágico de catarsis y esfuerzo sin par, en materia poética. Las noticias de todos los tiempos, los nombres sin fin y las situaciones más dispares, todo penetra en su obra como factor vivificante. De material bruto y elemental, se convierte en algo sabiamente elaborado «en un horno diamantino que contiene los secretos únicos de la alquimia poundiana». Homero y los trágicos griegos, que acompañan al poeta en sus destierros y encierros, la poesía latina, Propertio sobre todo; la poesía provenzal, como se ha visto; Dante, las figuras del Renacimiento y la poesía renacentista, latina o vernácula, poetas, filósofos y emperadores chinos, ideogramas y aleroglíficos, quien se enfrente con el material poético que compone la singular experiencia de la cultura en versos de Pound, debe siempre prepararse para una vecindad y aproximación difíciles, pero no por ello menos fascinantes. No es extraño que su amigo Eliot definiera los *Cantos* algo así como el *Infierno* de Dante proyectado sobre la realidad de nuestro siglo. A Pound mismo el mismo T. S. Eliot lo definió «el mejor artífice» de la poesía del siglo. Nada más halagador para quien en el poeta vio siempre al «artifex», al «fabbro», al «traslator». Así la poesía vuelve desde su complicada arquitectura de hoy, a su dimensión originaria, la de *traslator*, de nobleza limpia y gestadora, que Jorge Guillén supo atribuir justamente a Gonzalo de Berceo. Artifex. Hombre humano de la *Humanitas* doliente. «Hormiga única salvada del hormiguero destruido, del naufragio de Europa,

⁶ *Ibid.*, págs. 258-259.